

Lo último que recuerdo
es que seguí el plan:
dormir, respirar.

Me quedé quieta,
y ya no pude regresar.

Soy ajena al tiempo,
me pierdo.

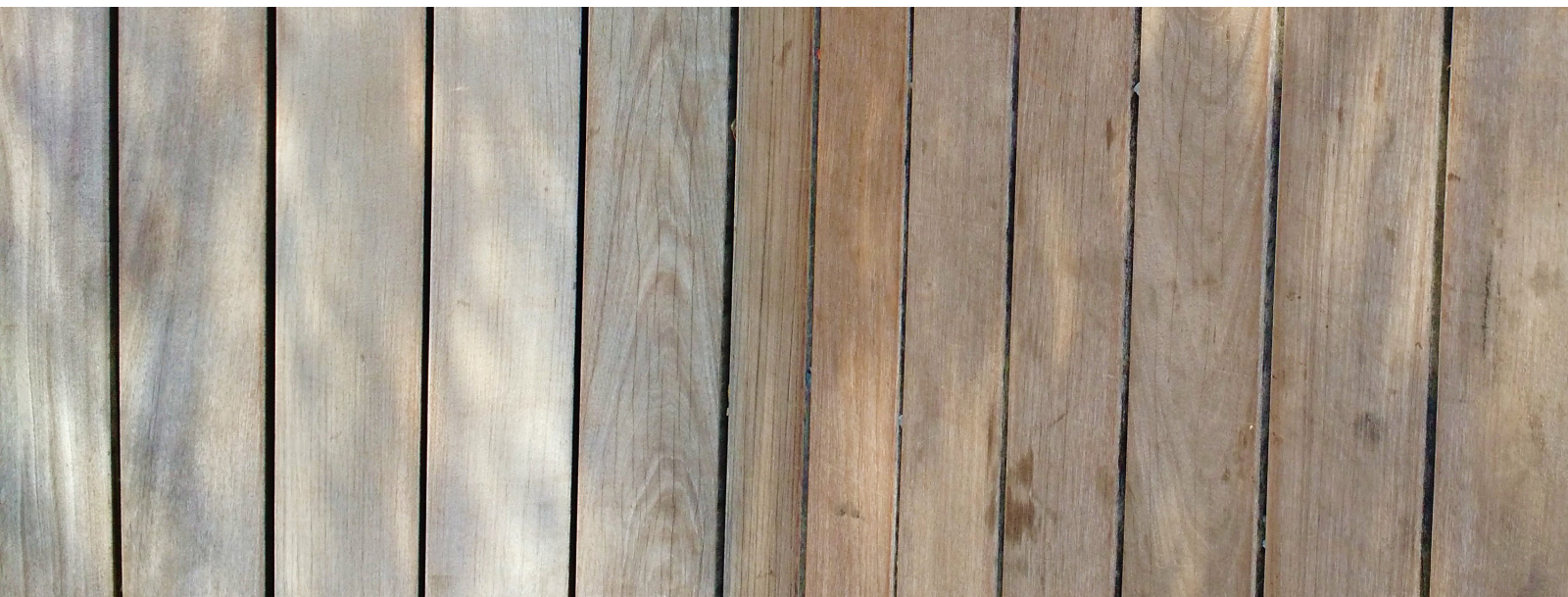
Paralizada,
en horror,
olvidé parpadear.

Lo que vi
antes de la devastación del alma
fue el gran final.

La visión me acosa,
nunca se agota.

...

Ya no existe nada más.



Hoy sentí el sol.
Madera cálida contra mi espalda,
mi cabeza reclinada.

Mi vista volvió a captar
por un momento el mundo real.



Vi el azul,
y contra él, el árbol;
y contra él, la sangre
que goteaban las hojas
vino tinto,
amenazante.

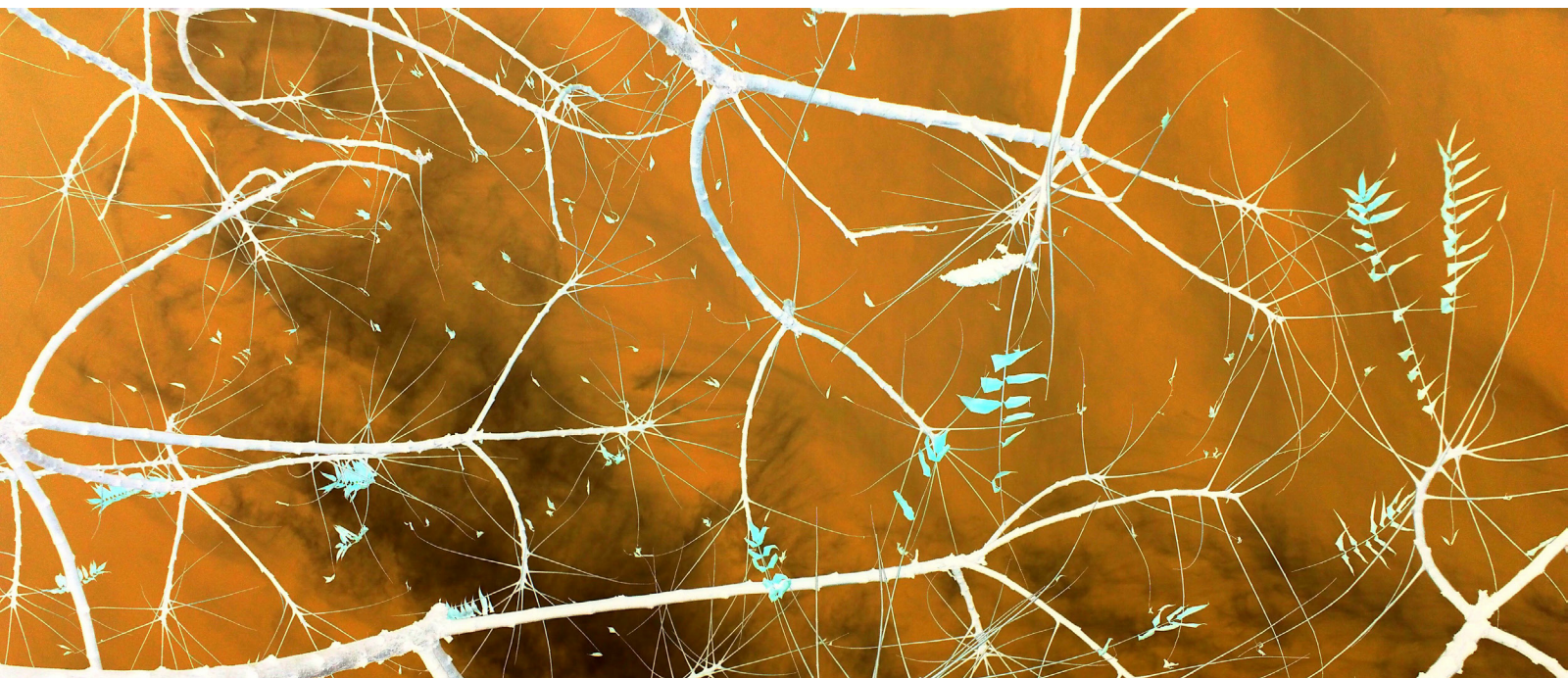
La visión me acosa,
nunca se agota.

Sorprendí al cielo
lastimándome.

Nuestra casa en llamas.

Me asaltó
el complementario
de mi recuerdo
anaranjado.

Esa es la memoria
que me derrota.





Pensar que fuera tan
fácil

Quemamos la casa,
le prendimos fuego.

Hogar de sol
contra el invierno.

Paredes de roble,
laberintos.

Prodigios inconfesables,
retratos de nuestros hijos.

Refugio de paz,
años bendecidos.

Desde dentro cayó
el único fuerte
conocido.

El combustible,
las lágrimas.

La chispa,
nuestra marcha.

La visión me ataca,
me desesperanza.

Las paredes de roble eran sólidas, capaces de resistir
la peor nevada. Pero la destrucción estaba dentro.
Yo pasé noches examinando en busca de grietas. Y
no las encontré. Un solo defecto. Solo las lágrimas.
Regamos el combustible con lágrimas. Cada rincón,
cada habitación, cada una de tus fotografías, cada
una de mis palabras, y los retratos en las paredes.
¿Acaso alguien puede discutir con tanto amor? ¿Con
tanto dolor, con tanto cuidado... por el otro?

Pequeño acuerdo tan devastador que terminó con todo.
Recuerdo todo.

Però yo no perdí el fósforo. Jamás tuve el temple necesario para que tú lo fueras. Tampoco reproche, quizás eso no salvó a ambos.

Viento sobre el bosque,
la noche helada.
Sillas del jardín,
hacia la fachada.

Grité hacia dentro,
paralizada.

Fósforo en mano,
interrogaste.
«Haz lo que debas».
Fuego que se alza.

«¿Cuál es el plan?».
«Ahora, descansa».
Luego tus pasos
sobre la hojarasca.

Silencio. Mirada fija en el iris arado. «Voy a incendiar la casa, ¿comprendes? Asentimiento callado. «Do what you have to do».

Fijé los ojos,
horrorizada.
Mi ser completo
estalló a la nada.

Incendio.
llamas.
Incendio,
llamas.

....

«¿Vas a tirarte a las llamas?»

Pequeño destello del fósforo al caer, un pequeño gesto tuyo, arrojándolo.

La visión me acosa,
me desesperanza.

Desperté,
madera cálida.

Vi el azul
y sobre él, las llamas.

Mi mente intercala
y se colapsa.

El calor
desprendiendo
de la casa.

Ahora, frío.
memorias falsas.



El recuerdo, aunque falso,
intenta un alivio desesperado.

La mente prueba la sinestesia,
la sinestesia trata el consuelo
de la belleza.

Aún veo el incendio:
llamas ascendiendo
en naranja y negro.

Hojas de otoño.
Alguna vuela,
enrojeciendo.

Otra cae
como un coral
sobre el pasto.

En mi lengua
el sabor a vainilla
y caramelo.

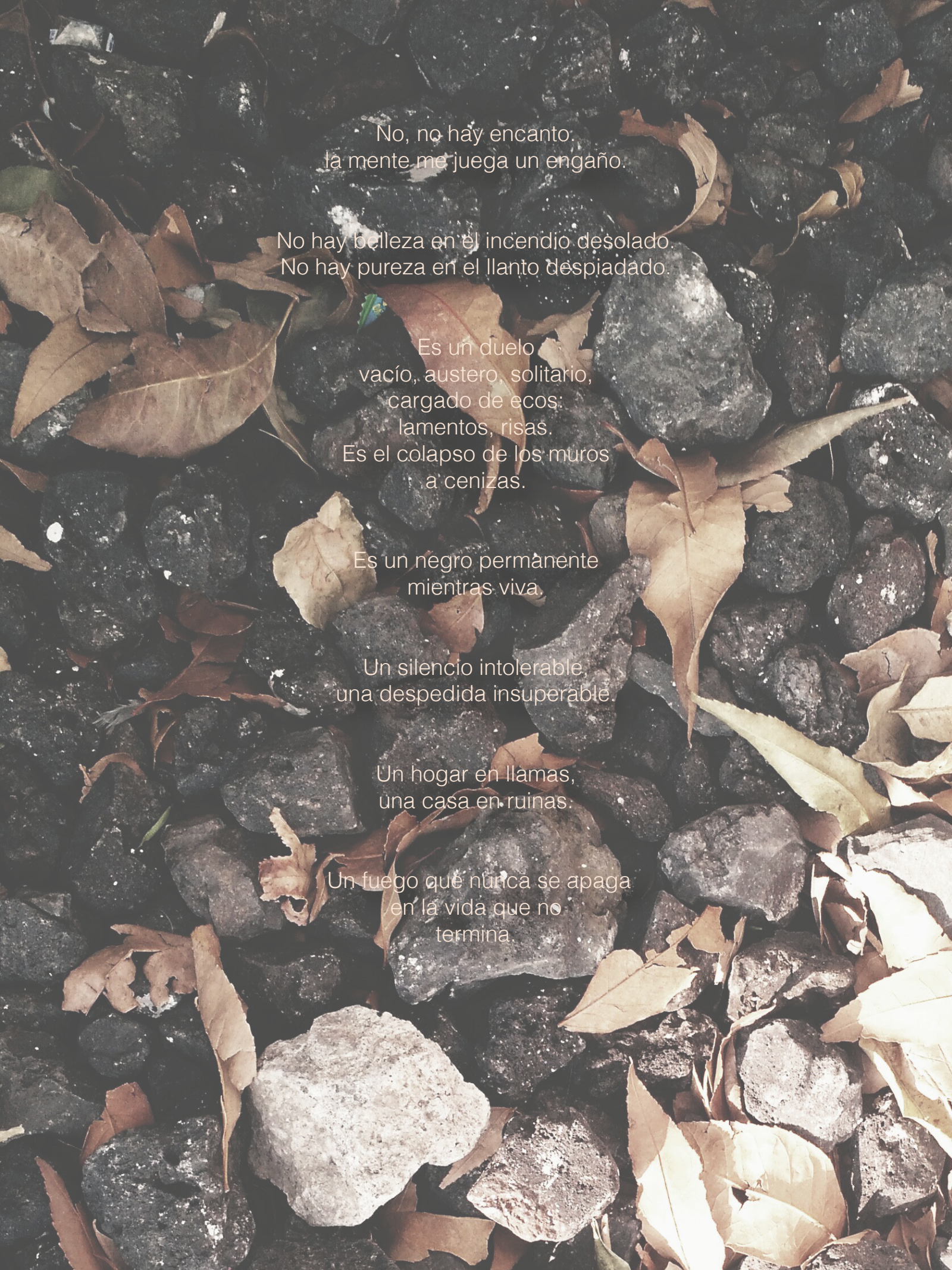
Violines tristes
saben a miel,
dulce, durazno.

Estallido en rosa y plateados.
Colores cálidos.

Voces antiguas,
murmurando.

Sus notas
son listones
satinados.





No, no hay encanto.
la mente me juega un engaño.

No hay belleza en el incendio desolado.
No hay pureza en el llanto despiadado.

Es un duelo
vacío, austero, solitario,
cargado de ecos:
lamentos, risas.
Es el colapso de los muros
a cenizas.

Es un negro permanente
mientras viva.

Un silencio intolerable,
una despedida insuperable.

Un hogar en llamas,
una casa en ruinas.

Un fuego que nunca se apaga
en la vida que no
termina.